

sus miembros, para vivir en sus espíritus; para transformarse en Dios, dejaron de ser hombres; para vivir vida angélica, dejaron la humana.

Y así como el Espíritu Santo había transformado á los Apóstoles, los Apóstoles transformaron al mundo; pero no ellos en verdad, sino el Espíritu invencible que estaba en ellos. El mundo había visto á Dios, y no le había conocido; y ahora que no tenía su vista, tuvo su conocimiento. No había creído en su palabra, y ahora que había dejado de hablar creyó en su palabra; había visto sus milagros vanamente, y ahora que era ido á su Padre el que los obró, creyó en sus milagros. Había crucificado á Jesús, y adoró al que había crucificado; había adorado á los ídolos, y quemó sus ídolos. Lo que había tenido por argumentos vanos, tuvo ahora por argumentos victoriosos é inconcebibles: cambiósese en amor inmenso su odio profundo.

Así como el que no tiene idea de la gracia, no la tiene tampoco del cristianismo, el que no tiene noticia de la Providencia de Dios, está en la ignorancia más completa de todas las cosas. La Providencia, tomada en su acepción más general, es el cuidado que tiene el Criador de todas las cosas creadas. Las cosas existieron porque Dios las crió; pero no existen sino porque Dios cuida de ellas ¹ por medio de un cuidado continuo, que viene á ser una creación incesante. Las cosas que antes de que fueran no tuvieron en sí razón de ser, no tienen en sí razón de subsistir después de que fueron: sólo Dios es la vida y la razón de la vida, el ser y la razón del ser, el subsistir y la razón del subsistir. Nada es, nada vive, nada subsiste por su virtud propia. Fuera de Dios, esos atributos supremos no están en ninguna parte ni en cosa ninguna. Dios no es á manera de un pintor que, hecho el cuadro, se separa de él, le abandona y le olvida; ni las cosas que Dios crió subsisten de la manera que la figura pintada, que subsiste por sí sola. Dios hizo las cosas

¹ Porque "Dios las conserva", quiso decir sin duda nuestro autor.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

de una manera más soberana, y las cosas dependen de Dios de una manera más substancial y excelente. Las cosas del orden natural, las del orden sobrenatural, y las que, por salir del orden común natural ó sobrenatural, se llaman y son milagrosas, sin dejar de ser diferentes entre sí, como quiera que son gobernadas y regidas por leyes diferentes, tienen todas algo y aun mucho de común, que consiste en su dependencia absoluta de la voluntad divina. No se afirma de las fuentes cuanto de ellas hay que afirmar cuando se afirma que corren, porque su naturaleza es correr; ni de los árboles, cuando se afirma de ellos que fructifican, porque su naturaleza es dar frutos. Su naturaleza no da á las cosas una virtud propia é independiente de la voluntad de su Criador, sino cierta manera determina de ser dependiente en todos y en cada uno de los momentos de su existencia, de la voluntad del Soberano Hacedor y del Divino Arquitecto. Corren las fuentes porque Dios las manda correr con un mandamiento actual; y las manda correr porque hoy, como en el día de su creación, ve que es bueno que corran; fructifican los árboles, porque Dios les manda fructificar con un actual mandamiento; y les da este mandamiento porque hoy, como en el día de su creación, ve que es bueno que los árboles fructifiquen. Por donde se ve cuán errados andan los que van á buscar la última explicación de los sucesos, ya en las causas segundas, que existen todas bajo la dependencia general é inmediata de Dios, ya en la fortuna, que no existe de ninguna manera. Sólo Dios es creador de todo lo que existe, el conservador de todo lo que subsiste y el autor de todo lo que sucede ¹, según se ve por estas palabras del Eclesiástico, cap. XI, ver. 14: *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas a Deo sunt*. Por eso dice San Basilio que en atribuírselo todo á Dios está la suma de toda la filosofía cristiana, conforme á lo que dice el Señor en San

¹ Esta expresión va puesta aquí en el sentido teológico, señaladamente por lo que hace al mal, que, propiamente hablando, no es obra de Dios, sino en cuanto Dios lo permite en sus criaturas inteligentes y libres.

Mateo, cap. X, vers. 29, 30: *Nonne duo passeret assere veniunt? Et unus ex illis non cadet super terram sine patre vestro. Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt* ¹.

Considerando las cosas desde esta altura, se ve claro que de la misma manera depende de Dios lo que es natural, que lo

¹ Sobre el pasaje que precede á este texto, dice el presbítero Gaduel:

„Si yo dijese que el Sr. DONOSO CORRÉS se muestra en este pasaje rigurosamente fatalista; que desconoce, que niega absolutamente la inmensa parte que tiene la libertad del hombre en los sucesos humanos, que elimina del tejido de la historia la acción real y poderosa, aunque siempre subordinada, de las causas segundas, y que hace á Dios autor del pecado, creería yo calumniar su fe, su pensamiento y aun todo su libro; porque en otros lugares encuentro, y tengo el mayor gusto en decirlo, pasajes que contradicen á éste. Pero no lo calumniaré, limitándome á afirmar que las líneas arriba citadas EXPRESAN el fatalismo neto, y que al hacer á Dios autor de todo lo que sucede, lo hacen, por consecuencia inevitable, autor del pecado..

„No, no es cierto que anden errados los que buscan la explicación, al menos parcial, de los sucesos en las causas segundas; pues entonces habría que tener por errado al Libro de la Sabiduría (II, 4), cuando dice: *Invidia diaboli mors intravit in mundum*, y á San Pablo, cuando escribía (*Rom.*, V, 19): *Per inobedientiam unius hominis peccatores constituti sunt multi*. Si las causas libres no entrasen para nada en la explicación de los sucesos, ¿para qué servirían entonces la acción y la libertad de estas causas?

„Es absolutamente falso, sobre todo, que Dios sea el autor de todo lo que sucede, pues Dios no hace aquello que no quiere, y ni quiere ni puede querer el pecado: *Non Deus volens iniquitatem tu es*. (*Psalm.* V, 5.) Hacer á Dios autor de todo lo que sucede, puede caber en la sombría teología de Lutero y de Calvino; pero no en la Teología católica. En cuanto á las palabras del Eclesiástico y de San Basilio, tan importantemente citadas por el autor del Ensayo, inútil es advertir que la expresión mala del libro sagrado no se aplica sino al mal físico, según se desprende del mismo texto, y que el Obispo de Cesarea, al atribuirlo todo á Dios, no le considera, por lo que toca al mal moral, sino como causa puramente permisiva, y no puede decirse á Dios autor de aquello que no hace sino permitir, absteniéndose de interponer su poder absoluto para impedirlo..

Hasta aquí el Sr. Gaduel. Veamos primeramente lo que sobre esta su censura opinaron los sabios redactores del insigne diario católico *L'Armonia*, de Turín: „El Sr. Donoso—decían—en todo el período á que corresponde el pasaje tan vituperado por su crítico, y en los inmediatos, trata de mostrar que las cosas del orden natural, las del orden sobrenatural, y las que, por salir del orden común natural ó sobrenatural, se llaman y son milagrosas, sin dejar de ser diferentes entre sí, como quiera que son gobernadas y regidas por leyes diferentes, tienen todas algo y aun mucho de común, que consiste en su dependencia de la voluntad divina. Y esto lo dice con el fin de manifestar que los milagros, lejos de ser una cosa absurda para Dios, le son cosas comunes é iguales á todos los demás actos de la Providencia: por ejemplo, el que las fuentes corran, el que los árboles fructifiquen, etc., son hechos que atestiguan la omnipotente voluntad de Dios, por las mismas razones y del propio modo que la atestigua la resurrección de Lázaro, etc. En todo este capítulo no hay una sola palabra que se refiera al mal moral. El autor, además habla en el mismísimo sentido del Eclesiástico y de San Mateo, que ciertamente no son autoridades sospechosas. Por consiguiente, aquellas palabras, que, según el Sr. Gaduel, expresan el fatalismo neto, y que hacen á Dios autor del pecado, no son más ni menos, bien leído y bien entendido lo que quiere decir

que es sobrenatural y lo que es milagroso. Lo milagroso, lo sobrenatural y lo natural son fenómenos idénticos substancialmente entre sí por razón de su origen, que es la voluntad de Dios; voluntad que, siendo actual en todos ellos, es en todos eterna. Dios quiso eterna y actualmente la resurrección de

y lo que dice el Sr. DONOSO, no son más ni menos que una simplicísima verdad cristiana..

Completamos esta respuesta de *L'Armonia*. Es evidente, por el contexto, que el Sr. Donoso habla aquí de la causa primera á la cual están sometidas las causas segundas.

El texto dice: *Por donde se ve cuán errados andan los que van á buscar la última explicación de los sucesos, ya en las causas segundas, que existen todas bajo la dependencia general é inmediata de Dios, ya en la fortuna*, etc. En la traducción francesa del Ensayo que ha servido de texto al Sr. Gaduel, falta la palabra *última*: calificativo importante, que modifica en gran manera, cuando no destruye enteramente la idea equivocada que sirve aquí de supuesto á la censura del crítico. Pero esto no disculpa al Sr. Gaduel, en lo que dice sobre las causas segundas, pues el Sr. Donoso afirma que existen y que obran como tales causas: „Estas causas—prosigue el Sr. Donoso,—existen todas bajo la dependencia de Dios..”, de cuyas palabras no se puede lícitamente deducir que el autor del Ensayo suponga que las causas libres no entren para nada en la explicación de los sucesos.

De las expresiones *Dios es el autor de todo lo que sucede, de los sucesos*, ¿dedúcese, por ventura, como consecuencia inevitable, que Dios sea autor del pecado? Esta abominable consecuencia no cabe, según el mismo Sr. Gaduel, en el Ensayo, que tanto en los pasajes anteriores como en los siguientes excluye, según *L'Armonia* demuestra esta idea; pero parecemos que tampoco se encierra semejante pensamiento en las expresiones, aun consideradas separadamente. Cuando se habla de los sucesos, de lo que sucede, ¿entiéndese por ventura que se hace referencia á actos particulares buenos ó malos de los individuos que más ó menos intervienen en los sucesos? Si reconoczo, por ejemplo, en la revolución francesa la acción providencial y el castigo divino, ¿dedúcese de aquí que Dios sea el autor de los crímenes de la misma revolución? ¿No dispone Dios todas las cosas, aun las que no hace sino permitir y tolerar, según los fines de su infinita sabiduría? ¿Están los pecadores fuera de su imperio? ¿No se sirve Dios aun del mismo pecado para cumplir sus eternos designios? El pecado se le imputa sólo al hombre, pero las infinitas combinaciones de los actos humanos, justos ó injustos, los sucesos que resultan, en una palabra, lo que sucede, ¿no depende de la disposición divina? ¿No sería tan impío como absurdo buscar en otra parte su explicación última?

„La Providencia de Dios—dice Santo Tomás—no es sino el orden establecido en las cosas, para que consigan el fin que les ha sido señalado; por lo cual es menester que las cosas, en cuanto del ser participan, estén sometidas á la divina Providencia. Dios conoce todas las cosas universales y particulares, y el conocimiento que de ellas tiene, es, con respecto á ellas, lo que á una obra artística es el conocimiento del arte. Por lo cual todas le están sometidas, como los artefactos á las reglas del arte. No sucede lo mismo en la causa universal que en las particulares, pues si algo puede salirse del orden establecido por éstas, nada está fuera del que la universal establece. Nada puede substraerse al orden establecido por una causa, sino por la acción de otra: están, pues, todas las causas particulares bajo la ley de la causa universal; es imposible que cosa alguna se aparte del orden impuesto por ella..

„Entre el ordenador universal y el particular, hay la siguiente diferencia: que mientras éste se limita á quitar todo defecto en la obra que le ha sido encomendada, el

Lázaro, como quiere eterna y actualmente que los árboles fructifiquen; y los árboles no tienen una razón más independiente de la voluntad divina para fructificar, que Lázaro para salir después de muerto del sepulcro. La diferencia de estos fenómenos no está en su esencia, puesto que uno y otro depen-

ordenador universal tolera en los pormenores faltas que han de realzar más la belleza del conjunto. Dios es el ordenador universal de todas las cosas...

„El sagrado texto: *Dios ha entregado al hombre á sí mismo*, no excluye al hombre del imperio de la divina Providencia, sino que muestra que Dios no le ha sometido, como á las demás cosas de la naturaleza, á una fuerza que necesariamente produzca un efecto determinado. Las cosas de la naturaleza no tienen en sí el móvil de su acción y no tienden á su fin sino como impulsados por una mano extraña, pero las criaturas racionales obran en virtud del libre albedrío, con deliberación y por elección propia. Por esto dice el sagrado texto: *Dejó al hombre á su propio consejo*. Pero como aun el mismo acto de libre albedrío se eleva á Dios como á causa, es necesario que las causas que del libre albedrío proceden, estén sometidas á la divina Providencia, pues la providencia del hombre se contiene en la de Dios, como la causa particular en la universal. (I, q. XXII, 2.)

„Dios es la causa primera y universal. no solamente de tal ó cual orden de cosas, sino de todo cuanto es. Es, pues, imposible que suceda nada fuera del orden del gobierno divino. Si alguna cosa parece que por cierto lado sale del orden de la divina Providencia, considerando con relación á alguna causa particular, debe esta misma cosa entrar en el orden divino y reducirse á él por medio de otra causa. A los que dicen que si nada sucediese sino conforme al orden de la Providencia divina, no habría mal, se responde que nada hay en el mundo totalmente malo, pues el mal tiene siempre cierto fundamento en el bien. En tanto una cosa se dice mala, en cuanto se sale del orden de un bien particular; pues si saliese totalmente del orden del divino gobierno, sería por esto mismo una pura nada. (*Ibid.*, q. CIII, 2.)

„Todas las cosas cuya acción sea natural ó voluntaria, llegan en definitiva, como por su propio movimiento, al fin para que fueron criadas: por esto se dice que Dios dispone todas las cosas con dulzura. (*Ibid.*, *ibid.*, 8.)

„Todos los males que Dios hace ó permite, están coordinados con relación á algún bien; no siempre es para el bien del mismo que sufre el mal, sino á veces en provecho de otro ó quizá para el bien general. Así dispone Dios que de los crímenes de los tiranos salga el bien de los mártires, y en los castigos de los condenados resalte la gloria de la divina justicia. (1.^a, 2.^a, q. LXXIX, 4 ad 1.)

De esta coordinación soberana de todas las cosas, de este gobierno de la divina Providencia al cual nada se substraer, habla el Sr. Donoso cuando dice que Dios es *autor de todo lo que sucede*, y que sólo en Dios se puede hallar la *última explicación de los sucesos*. Muy preocupado ha debido estar el Sr. Gaduel para decir que hablar de este modo es hacer á Dios *autor del pecado*. No olvidemos, sin embargo, que en el acto de pecar, sólo el pecado mismo es ajeno de Dios. Escuchemos también á Santo Tomás acerca de este punto:

„El acto del pecado es ser y es acto; bajo uno y otro aspecto, viene de Dios. Todo ser, cualquiera que sea su modo de existir, derivase necesariamente del ser primero, y todo ser tiene por causa un ser existente en acto, porque obrar es ser en acto. Pero todo ser en acto se refiere al acto primero, es decir, á Dios, causa que es acto por esencia; luego Dios es la causa de toda acción en cuanto tal. Quien dice pecado, dice ser y acto con algún defecto. Este defecto viene de la causa creada, es decir, del libre albedrío en cuanto se aparta del orden del primer agente, es decir, de Dios. Por lo

den de la voluntad divina, sino en el modo; porque en los dos casos la divina voluntad se ejecuta y se cumple por dos diferentes maneras, y en virtud de dos leyes distintas. Una de estas dos maneras se llama y es natural, y la otra se llama y es milagrosa. Los hombres llamamos naturales á los prodigios diarios, y milagrosos á los prodigios intermitentes.

Por donde se ve cuán grande es la locura de los que niegan la potestad de obrar los intermitentes al mismo que obra los diarios. ¿Qué otra cosa viene á ser esto, sino negar al que hace lo que es más, la potestad de hacer lo que es menos; ó lo que viene á ser lo mismo, negar que puede obrarse alguna vez aquello que se obra siempre? Vosotros, los que negáis la resurrección de Lázaro, porque es obra milagrosa, decidme: ¿por qué no negáis otros prodigios mayores? ¿Por qué no negáis ese sol que asoma por el Oriente, y esos cielos tan hermosos y refulgentes y tendidos, y sus luminas eternos? ¿Por qué no negáis esos mares bramadores, hermosísimos, turbulentísimos, y esa arena blanda, leve, en donde mueren humildes esos roncós bramidos, esas concertadas armonías y esas grandes turbulencias? ¿Por qué no negáis esos campos tan llenos de frescura y esos bosques tan llenos de silencio, de majestad y de sombras, y esas inmensas cataratas con sus inmensos vuelcos, y esos deslumbradores cristales de clarísimas fuentes? Y si no negáis estas cosas, ¿cómo es tan grande vuestra locura, y vuestra inconsecuencia tan palpable, que negáis como imposible, ó como difícil siquiera, la resurrección de un hombre? Yo de mí sé decir que no niego mi fe sino al que afirma que habiendo abierto sus ojos exteriores para ver lo que le rodea, ó sus ojos interiores para ver lo que en sí pasa, ha visto fuera ó dentro de sí cosa que no sea milagro.

cual, este defecto no debe ser atribuído á Dios como á su causa, sino al libre albedrío. Expliquemos esto con un ejemplo. Cuando un cojo anda, la fuerza motriz, que es causa de todos sus movimientos, no es, sin embargo, la causa de la cojera: si anda es por virtud de la causa ó fuerza motriz, pero si cojea es por la mala conformación de sus piernas. De la misma manera Dios es causa del acto del pecado, pero no es causa del pecado, pues no es la causa de que el acto sea con algún defecto. (1.^a, 2.^a, q. LXXIX, 2.)

Síguese de lo dicho, que la distinción por una parte entre las cosas naturales y las sobrenaturales, y por otra entre los fenómenos ordinarios, así del orden natural como del sobrenatural, y los milagrosos, no lleva ni puede llevar consigo no sé qué rivalidad y antagonismo oculto entre lo que existe por la voluntad de Dios y lo que existe por naturaleza, como si Dios no fuera el autor y el mantenedor y el gobernador soberano de todo lo que existe.

Todas estas distinciones, sacadas de sus límites dogmáticos, han ido á parar, á lo que vemos, á la deificación de la materia, y á la negación absoluta, radical, de la Providencia y de la gracia.

Volviendo á anudar, para concluir, el hilo de este discurso, diré que la Providencia viene á ser una gracia general, en virtud de la cual Dios mantiene en su ser, y gobierna según su consejo todo lo que existe; así como la gracia viene á ser á manera de una providencia especial, con la que Dios tiene cuidado del hombre. El dogma de la providencia y el de la gracia nos revelan la existencia de un mundo sobrenatural en donde residen substancialmente la razón y las causas de todo lo que vemos: sin la luz que viene de allí, todo es tinieblas; sin la explicación que está allí, todo es inexplicable; sin esa explicación y sin esa luz todo es fenomenal, efímero, contingente; todas las cosas son humo que se deshace, fantasmas que se desvanecen, sombras que se deslizan, sueños que pasan. Lo sobrenatural está sobre nosotros, fuera de nosotros dentro de nosotros mismos. Lo sobrenatural circunda lo natural y lo penetra por todos sus poros.

El conocimiento de lo sobrenatural es, pues, el fundamento de todas las ciencias, y señaladamente de las políticas y de las morales ¹. En vano aspiraréis á explicar al hombre sin la gracia, y á la sociedad sin la Providencia: sin la Providencia

¹ Esto y lo que precede, ha de entenderse con relación al estado en que considera al hombre Donoso Cortés, y al fin del hombre mismo en el orden sobrenatural.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

y sin la gracia, la sociedad y el hombre son para el género humano un arcano perpetuo. La importancia de esta demostración y su trascendencia altísima se verá más adelante, cuando bosquejando el triste y lamentable cuadro de nuestros extravíos y de nuestros errores, se les vea brotar todos de la negación del sobrenaturalismo católico, como de su propia fuente. Entretanto conviene á mi propósito dejar consignado aquí que la acción sobrenatural y constante de Dios sobre la sociedad y sobre el hombre es el anchísimo y seguro fundamento en que se asienta todo el edificio de la doctrina católica; de tal manera, que, quitado ese fundamento, todo ese gran edificio en que se mueven anchamente las generaciones humanas viene abajo á igualarse con la tierra.